

# A través de la ventana

**M**e resulta verdaderamente difícil explicar cómo uno es dibujante sin recurrir a las clásicas razones del «don natural» o la «predestinación». Es que, si bien en mi casa había una natural permeabilidad para que el mundo de las artes se introdujera en ella sin tropiezos, no tuve estímulos más especiales que la simple facilidad de que no faltaran lápices y papeles a mano.

Así fue que me convertí, pasado el garabato, en un prolífero cronista con la misión —encargada vaya a saber por quién— de registrar todo lo que me rodeaba. Elementos de la casa, mi hermano menor en el corralito, las gallinas y, luego, todo lo que pasara delante de mi ventana. El ferrocarril, los árboles, los carros, los autos y otros datos del mundo exterior empezaron a figurar en mi precoz repertorio. Este compromiso me convirtió a menudo en el «gil» que aceptaba hacer los mandados porque después me quedaría con el premio: el papel con que en aquella época se envolvía todo en el almacén y que tenía la lisura o la rugosidad necesarias —según el caso— para dibujar en él.

Tuve también el valiosísimo aporte del papel de los planos de mi viejo, verdaderas sábanas en las que cabían partidos enteros de fútbol, escenas completas de guerras navales o la batalla de San Lorenzo con precursores «replays», en este caso de la caída de San Martín y el gesto heroico del Sargento Cabral.

Con mayor sofisticación comencé a «editar» mis propias revistas, con hojas dobladas y abrochadas, con nombre, con sus espacios de publicidad y con los primeros personajes, tomados de Walt Disney inicialmente y, luego, los propios: «cow-boys», tarzanes, etc. con guiones más o menos convencionales. Y algunos ya en la cuerda francamente humorística. Mis clientes: los familiares cercanos.

Sin resignar fútbol, bolitas ni barrilete, tenía siempre el rato para dibujar. Recuerdo haber contagiado la manía a los pibes de la barra y en verdaderas acciones colectivas ilustrábamos en el asfalto de las calles, entonces mucho menos transitadas, grandes cortejos fúnebres encabezados por ca-

rrozaz negras tiradas por caballos, seguidas de autos, motos, bicicletas y que, de a poco, degeneraba en monopatines, perros, colados, etc. Todo hecho con la tiza que nos proveían los pedazos de yeso de alguna demolición.

Y recuerdo a los primeros «lectores»: la gente que se paraba a mirar, de paso para la estación de Lomas de Zamora, yendo a tomar el tren para ir a trabajar. En aquella época era fácil ser dibujante de humor, de historietas. Si no llegaban a casa, bastaba con ir a la peluquería y allí estaban todos juntos: Divito, Calé, Oski, Ferro, Battaglia... o bien, Oesterheld, Brecia, Pratt... Maestros para tirar para arriba.

Era, además, una Argentina feliz.

No faltaban oportunidades más profesionales: las paredes del club para anunciar los bailes de carnaval. Y el pago: tenía entrada libre a los mismos.

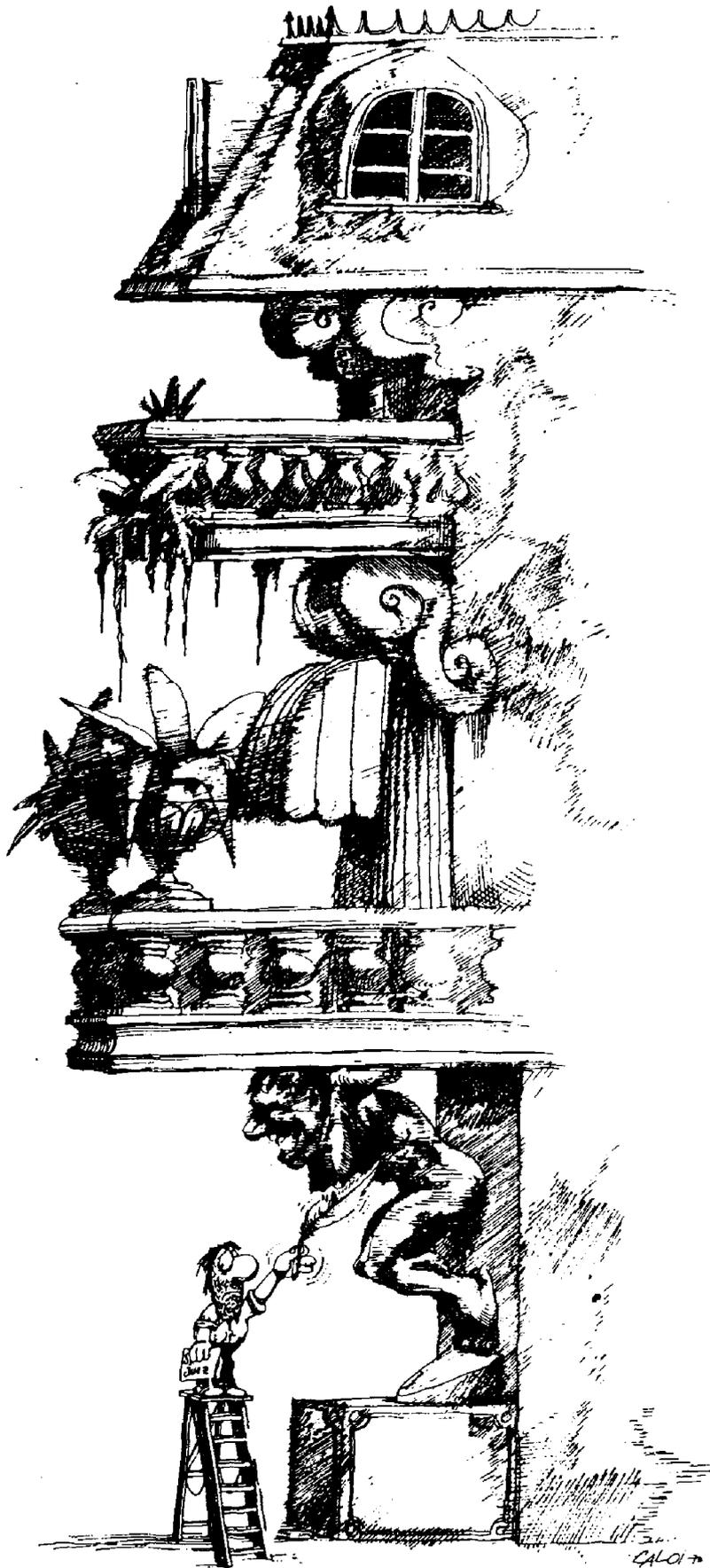
Después de ser el decorador exclusivo de los pizarrones que aludían a las fechas patrias y de llamativas «carátulas» que anunciaban otoños, inviernos, primaveras, pasé a ilustrar las sátiras sobre profesores y autoridades en otros pizarrones, en periódicos murales o impresos y en mis cuadernos, verdaderas revistas ilustradas que circulaban por toda la división.

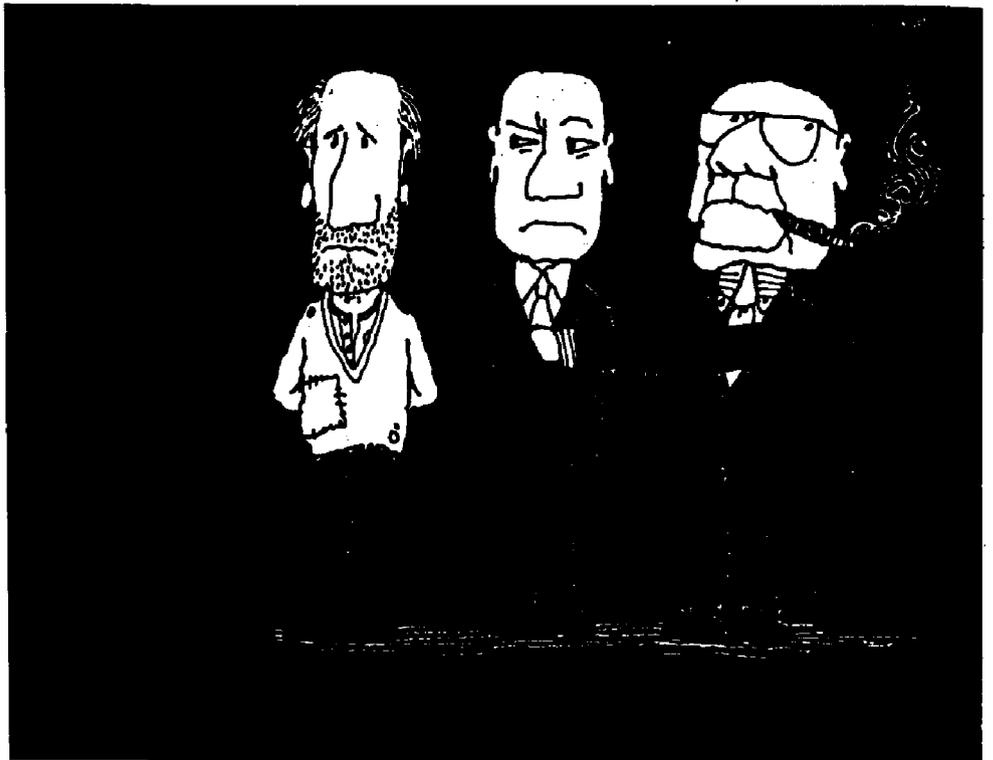
Eran épocas de Landrú, de Quino, de Brascó y hasta de alguna rareza, como el libro de Steinberg (*Todo en líneas*) que publicó Editorial Abril y que un día cayó en mis manos.

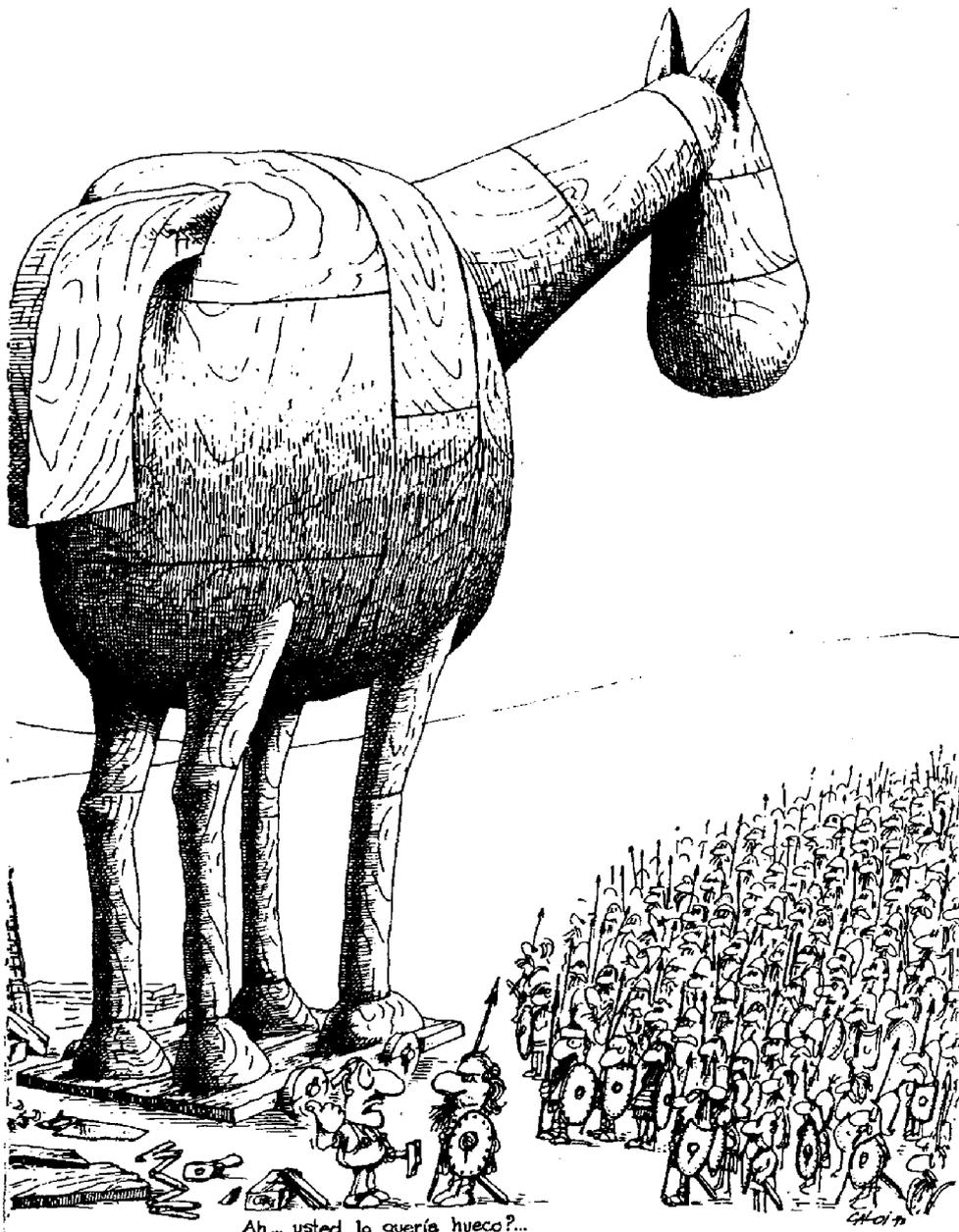
Lo demás fue conocerlo a Alberto Bróccoli. Llegar hasta Landrú y profesionalizar en su *Tía Vicenta* lo que yo hacía en mi «militancia en el amateurismo».

Y hoy sigo con aquella misión de cronista. Sólo que la ventana a través de la cual me asomo, da a un barrio un poco más amplio y algo menos feliz que aquel de mi niñez.

**Carlos Loiseau (Caloi)**







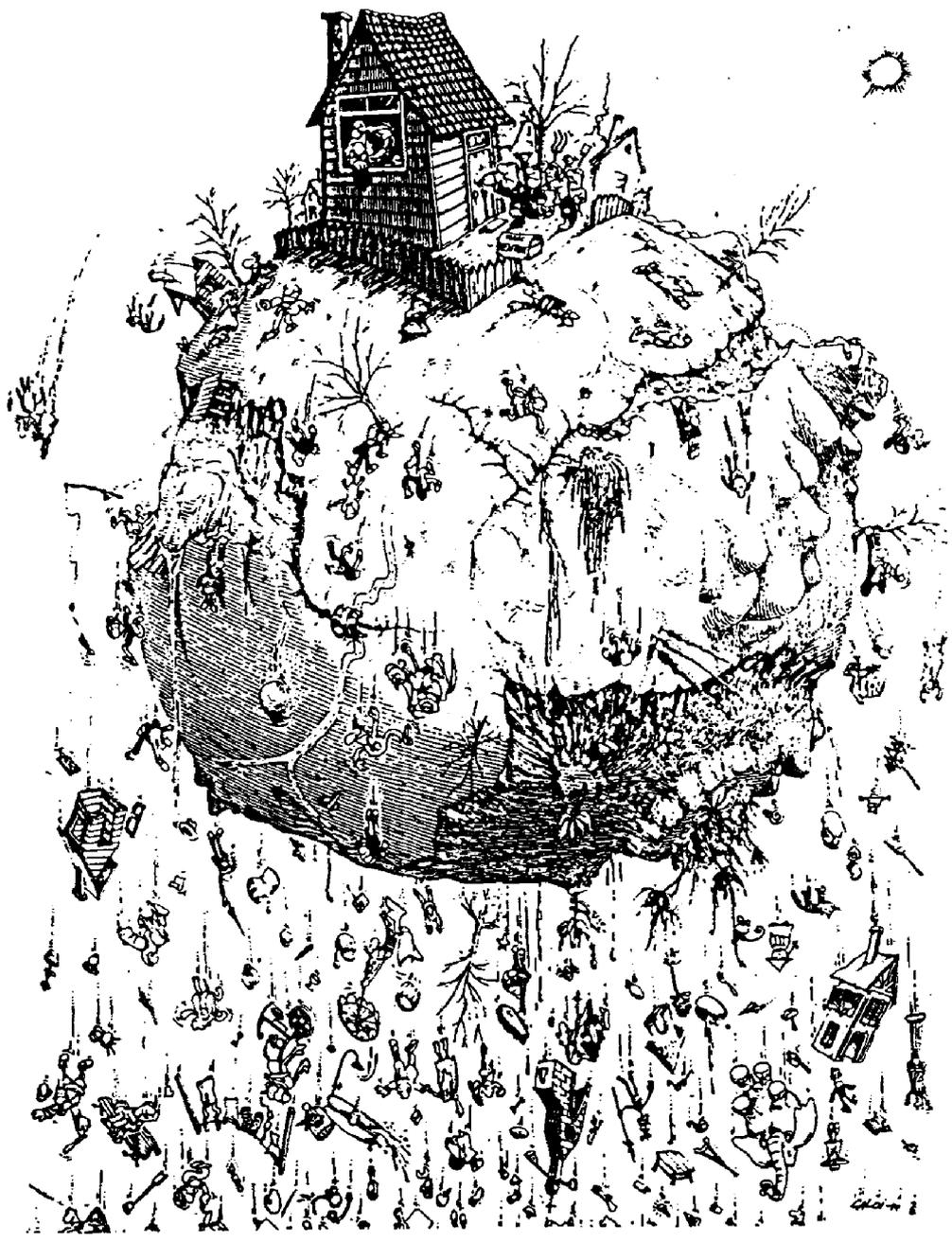
- Ah... usted lo quería hueco?...

4/0/77



MOLA ¿SANTA SEDE? POR FAVOR CON EL PAPA ES URGENTE

246 77





¿QUÉ PODRÍAMOS HACER HOY, LA REVOLUCIÓN O UNA CAMA REDONDA?

